

IRA DE DIOS,

POEMA BIBLICO.

CANTO PRIMERO.

Canto de Dios la omnipotente saña,
La justicia de Dios omnipotente :
Justicia suma y á piedad estraña
Que ejercida por *El* con torpe gente,
Sobre el polvo infructífero que baña
El Muerto mar con fétida corriente,
La marca colosal dejó al impío
De su justo y escelso poderío.

Espíritu de Dios, que eterno vives
Sin principio ni fin; tú que, uno y trino,
Al Padre igual y al Hijo, no recibes
Ni dás el sér de vuestro sér divino:
Tú que en el libro de la ciencia escribes
Las memorias del tiempo y del destino,
Baja á mi mente, que si tú me inspiras
Bardo seré de las celestes iras.

Ya al confín de los montes de Judea
Y entre negros peñascos, abre un valle
A un rio turbio, que sus piés rodea,
Honda y desierta y silenciosa calle.
Solo este rio su caudal emplea
Un lago en mantener, dó es fuerza que halle
Su curso fin y término el desierto : [to.
Y allí es donde al Jordan traga el mar Muer-

Sobre aquellas arenas movedizas,
Que el sagrado Jordan jamás fecunda,
Yacen bajo del lago las calizas
Ruinas de Pentápolis inmunda.
Allí es donde sus fétidas cenizas
El lodo amasan en que el mar se funda,
Y dó están las impúdicas moradas
De las cinco ciudades condenadas.

Nunca aquellas estériles montañas
É infecundas arenas han podido
Fermentar ni nutrir en sus entrañas
Flor campesina ni zarzal tupido :
Ni allí hicieron pastores sus cabañas,
Ni ganados jamás las han pacido,
Ni buscaron sus sombras las gacelas,
Ni surcaron su mar perdidas velas.

No se posó jamás un solo instante
De aquellas rocas en las calvas crestas
Buitre cansado ó golondrina errante :
Ni de sus cuevas lóbregas é infestas
Solitario leon fué el habitante :
Ni por sus lomas ásperas y enhiestas
Arrastróse jamás buscando asilo
Sierpe sagaz, ni verde cocodrilo.

Nunca las ondas de su estenso lago
Perfumada meció lánguida brisa,
Ni alzó murmullo soñoliento y vago
En ellas columpiándose indecisa.
Eterno acento del eterno estrago,
De aquellos valles la existencia avisa
De eterna tempestad el eco ronco
Que en el ancho arenal espira bronco.

Nada, nada hay allí que tenga vida :
Ni flor, ni insecto, ni bajel ni fiera
Mantiene aquella tierra corrompida,
Revuelto mar y lóbrega ribera.
En esta tierra inerte y maldecida
Pesa de Dios la mano justiciera,
Y un paraíso á la delicia abierto
En su comparacion es el desierto.

Mas no fueron lo que hoy en algun día
Este valle, este mar, y estas montañas :
No fueron siempre al ruido y la alegría
De poblacion y de cultivo estrañas :

Un tiempo fué que mayo las vestía
No de musgo y silvestres espadañas,
Mas, cercadas de bosques protectores,
De rubias mieses y olorosas flores.

Entónces la cubrian sus vallados,
Y sus fecundos cerros coronaban
Alamedas y huertos y ganados,
Que las vecinas tierras envidiaban :
Reyes tenia, y pueblos, y soldados,
Que con armas y leyes la guardaban,
Y de sus armas y sus leyes fruto
De las vencidas recibió el tributo.

Cobijábala entónces limpio cielo
Fecundador y azul, que allí vertía
Calor, que mas feraz tornaba el suelo ;
Lluvia, que sus corrientes mantenía ;
Aura, que al labrador siendo consuelo
Daba á sus selvas mágica armonía,
A sus plantas vigor, jugo y colores,
Salud á sus robustos moradores.

Allí brotaba el cedro incorruptible,
El limonero allí de frutas de oro,
El umbrío moral al sol sensible,
Del olivo y la vid el gran tesoro.
Y daban por do quier sombra apacible
Y gala á la campiña, el sicomoro,
El nogal, y los nópalos azules,
Las palmas y los recios abedules.

Y como en cercas, huertos y jardines
Por afanoso dueño cultivados,
Vianse allí crecer en los confines
De sus silvestres cotos y vallados,
Purpúreas rosas, pálidos jazmines,
Rojos claveles, alhelis morados,
Renúnculos, violetas y jacintos,
En sér iguales y en olor distintos.

De su aroma atraídos y frescura
Y nacidos en medio de las flores,
Revolaba meciendo su aura pura
De insectos multitud, cuyos colores,
Inquietud, y susurro y galanura
Aumentaban del campo los primores,
Con sus alas y sonos dando al viento
Música dulce y manso movimiento.

En los espesos árboles sus nidos
Colgaban contentísimas las aves,
Los ojos recreando y los oídos
Con plumas varias y gorgeos suaves :
Y entre el rumor de arroyos escondidos
Se mezclaban, ya plácidos, ya graves
Al continuo balar de las ovejas
Y al sordo susurrar de las abejas.

Era entónces en fin un paraíso
De la rica Pentápolis el suelo,
Y lo fuera por siempre si en aviso
Tuviera siempre su temor al cielo :
Mas provocarle á la venganza quiso
Con torpe rito y con inmundo anhelo,
Y el cielo se cansó de su insolencia
Y fulminó sobre él fiera sentencia.

Pródigo el sumo Dios vertió en su seno
Gracia, placer, fertilidad y vida,
Pero sus dones convirtió en veneno
La raza de aquel suelo corrompida.
Dios le dió un corazon sencillo y bueno,
Y en sencillez inculta mantenida
Fué su raza leal, sencilla y buena
A desdichas y crímenes ajena.

Pero cambió su sér con la ventura,
Creció con la riqueza su osadía :
A las tierras vecinas dió pavura
El poder el mostrarlas que tenia,
Y adoró su poder : y en su locura
Olvidando á su Dios su altanería
De abominables culpas se hizo rea
Pentápolis, baldon de la Judea.

Todo lo trastornó; todo lo puso
En distinto lugar do fué criado,
Con dañada intencion y torpe abuso
Todo al fin convirtiéndolo al pecado.
Los ojos apartó su pueblo iluso
Del Dios que con piedad le habia mirado,
Y levantando altares á sus vicios
Ofrecióles inmundos sacrificios.

Vallas no tuvo ya, no sintió freno :
Fué su Dios el placer, su ley el gusto :
Cuanto le deleitara dió por bueno,
Cuanto sirviera á su placer por justo :
Y el corazon y el pensamiento lleno
De su torpeza, sin pudor ni susto
La raza de la impúdica Sodoma
Vergüenza fué de la impudente Roma.

Gomorra, Seboin, Segor y Adama,
De su tierra hermosísimas ciudades,
Frutos podridos de la misma rama,
La siguieron al par de sus maldades :
Y á par ganando abominable fama
Alcanzaron á ser sus liviandades
Con rito vil y torpe ceremonia
Escándalo á la misma Babilonia.

La muger, que del hombre compañera
Nació, su fé para alentar en vida,
Mas fácil para hacerle y llevadera
Su existencia entre duelos consumida ;

En la abominacion fué la primera,
Y cuanto débil más, más atrevida
Patentizó con vil desenvoltura
A los ojos del crimen su hermosura.

Callaron ¡ ay! cediendo á sus caricia
Dudas, remordimiento y pareceres;
Porque hijas de esta tierra de delicias
Nacidas al amor y á los placeres,
De su amor ofreciendo las primicias,
Era la liviandad de sus mugeres
Del hombre rudo al apetito ciego
Segura red, é irresistible fuego.

Por sus pasiones viles dominado,
Hecho por fin de sus sentidos siervo;
De su celeste origen olvidado
Y en su abandono y ceguera protervo,
En el ara del templo profanado,
Dando á su solo Dios pesar acerbo,
Colocó á la muger audaz el hombre
Y de su mismo Dios prestóla el nombre.

Y admirando en la lumbre de sus ojos,
Y en la espiral de sus flotantes rizos,
De su amoroso ceño en los enojos,
Y en su grata sonrisa, mil hechizos,
Adoró su capricho y sus antojos,
Sus dotes adoró mas quebradizos,
Y tomando por dioses sus mugeres,
Divinizó con ellas sus placeres.

Divinizó las notas de su acento,
Divinizó los besos de su boca,
Divinizó el aroma de su aliento:
Y en la embriaguez de su licencia loca
Ajeno á todo noble sentimiento
Su impía adoracion juzgando poca,
Arrollado el pudor, roto el decoro
Dijo: « La hermosa desnudez adoro.»

Y no fué parte de su cuerpo bello
De que un ídolo infame no se hiciera:
Su breve pié, su alabastrino cuello,
Su pecho, que al marfil envidia fuera,
Las perfumadas trenzas del cabello,
Cuanto al pudor nombrándose ofendiera
Dando inauditos de torpeza ejemplos,
Se adoraron por calles y por templos.

Cansáronse el buril y los cinceles
En grabar tan groseras alusiones;
Premio fueron las palmas y laureles
De las mas execrables invenciones:
Espiró en las tormentos mas crueles
Quien sus ritos llamó profanaciones,
Y elevaron do quier en pedestales
De su creencia inmunda las señales.

Con estos jeroglíficos impuros
Se adornaron los pórticos, las fuentes,
Las plazas, y las calles y los muros:
Y no quedaron ojos inocentes,
Ni oídos castos, ni recuerdos puros,
Ni rubor en los rostros impudentes,
Ni encerró nada más aquel recinto
Que infamia imbécil y brutal instinto.

Los vicios desde allí virtudes fueron,
Los vicios desde allí se alambicaron,
Y en cuantos vicios abarcar pudieron
Con vértigo carnal se encenagaron.
Con cuantos atractivos concibieron
La torpeza del vicio engalanaron;
Y en la más terrenal idolatría,
Desbocada Pentápoli: corria.

« ¡ Orgia! ¡ orgia! » los réprobos gritaban:
« ¡ Orgia! el placer es nuestro Dios! » decian:
Y blasfemos cantares entonaban,
Y en festines opíparos bebían;
Y con ardientes vinos escitaban
El fuego en que sus ánimas ardían,
Y espiraba en los anchos arenales
El ruido de sus largas bacanales.

Ningun delito entre ellos era nuevo,
Ningun refinamiento ó torpe aliño
Que pudiera al placer servir de cebo;
Y útil era la bestia, el leño, el niño,
Y la viuda, la vírgen y el mancebo.....
Mas tente, pluma, que en maldad te tiño
Y á llevarte adelante no me atrevo:
Que á lo que el mismo Dios volvió sus ojos,
Diera en mi voz al universo enojos.

Volviéolos, sí, su creadora lumbre
Negando á tan impúdica torpeza:
Apartólos de aquella muchedumbre
Que, profanando su mortal belleza,
Del vicio en la asquerosa podredumbre
Enfangó su feroz naturaleza,
Dejándola sin freno y sin cuidado
Desbocada correr tras el pecado.

Se hundió en lo mas recóndito del cielo
A pesar de Dios cuanto ofendido,
Haciendo entre Él y los humanos velo
Del aire y del espacio indefinido:
Y al pensar á la raza de aquel suelo
En aplicar castigo merecido,
Su espíritu asaltó santa tristeza
Cediendo á su piedad su fortaleza.

Que no fué nunca el Dios de los humanos,
El Dios al que ruego se resiste y huye,
Y la obra bella de sus propias manos
Con caprichosa sinrazon destruye.

No es nuestro Dios el Dios de los tiranos
Que con la fuerza al corazón arguye,
Sino es el Dios que la inocencia abona,
Y oye al que ruega, y al que cree perdona.

No es nuestro Dios el Dios de la venganza
Que se goza en el mal y el duelo ajeno,
Y sofoca la luz de la esperanza
Convirtiendo su bálsamo en veneno.
No es Dios el Dios á quien jamás se alcanza
Ébrio de su poder, de su ira lleno,
Sino el Dios que despeja el ceño adusto
Benigno oyendo la oracion del justo.

Es nuestro Dios el Dios de las piedades,
Es el Dios del consuelo y la indulgencia:
El Dios á quien si enojan las maldades
Desarman la humildad y penitencia:
Es el Dios que perdona las ciudades
De diez justos no mas por la inocencia,
El Dios que el crimen sin piedad castiga,
Pero es el Dios que castigando obliga;

El soberano Dios justo y severo
Que el rayo al fulminar de su justicia
Al torpe criminal muestra primero
La inmensa gravedad de su malicia;
El Dios que llama al corazón sincero
Del pecador cuyo perdon codicia,
Para que al conocer su omnipotencia,
Con ruegos le desarme y penitencia.

Dios, es el Dios que con afan prolijo
Formó la creacion, y viendo luego
La maldad de los hombres los maldijo
Su raza en extinguir pensando ciego:
Mas escuchando de su escelso Hijo
Antes de destruirla el santo ruego,
Dijo mostrando su infinito encono:
« A precio de tu sangre les perdono. »

Y se efectuó el misterio sacrosanto
De nuestra redencion. Rotas y abiertas
Le lloraron las penas con espanto
De tamaño rigor: mas las inciertas
Moradas del Eden á precio tanto
Dejaron otra vez francas sus puertas,
Y la raza maldita y condenada
Fué con la sangre de su Dios lavada.

CAÑTO II (1).

De Hebron en la comarca bendecida
Hay un valle amenísimo y fecundo,
Que la nacion de Jehová escogida

(1) Este canto es del señor Quevedo.

Llamaba de Mambré: no encierra el mundo
En su estension del hombre conocida,
Ni en la que hasta ora solo el mar profundo
Viera, y á do jamás pié vacilante
Llegó de peregrino ó navegante,

Ningun país dó con mayor largueza
Derramara el Señor sus bendiciones;
Pródiga allí mostró naturaleza
En pompa singular todos sus dones:
Uniendo á la hermosura la riqueza
Míranse allí á la par las estaciones,
Y otoño, primavera, flor y fruto,
Unido al hombre ofrece su tributo.

Allí el nogal junto á la palma crece,
Y el oloroso cedro y manso tilo,
Y el plátano flexible se estremece
A la sombra del álamo tranquilo:
Allí el haya frondosa amante ofrece
A la sencilla tórtola un asilo,
Y el sauce, el tamarindo y sicomoro
Con el árbol se ven de frutos de oro.

El fuerte olivo de inmortal verdura,
Crece lozano al márgen de la fuente,
La prolífica vid en la espesura
Gime bajo su fruto trasparente;
Mientras allá en la espléndida llanura
Al blando soplo de fugaz ambiente
Las doradas espigas á millares
Se mecen cual las olas de los mares.

Al borde suena aquí de la quebrada,
Del buey el melancólico mugido,
Bajo la sombra allí de la enramada
De las mansas ovejas el balido:
Y al volver por la tarde á la majada
Pueblan el aire en múltiple sonido
Pastores y ganados y cencerros
Y el honrado ladrido de los perros.

En este valle tan feraz y ameno,
Léjos del aire corruptor mundano,
Y á su amargura y crímenes ajeno,
Vivia en aquel tiempo un buen anciano:
De años cargado y de riquezas lleno,
Padre mas bien que duro soberano
De sus siervos, el rey de los pastores,
Tenia allí su tienda entre las flores.

Llamábase Abrahan, — en el lenguaje
Que usaba entónces la nacion hebrea,
Padre de muchos. — Cuando en tardo viaje
Vino allí de la tierra cananea,
Así le habló el Señor: « De tu linaje
Saldrán reyes ilustres de Judea;
Mas que reyes aún, saldrá el Mesías
Cuando se cumplan los fijados días. »

Y el patriarca esperaba el cumplimiento
De las promesas de su Dios seguro,
Y su vida pasaba en curso lento
Como las ondas de arroyuelo puro:
Jamás manchó su vida turbulento
El crimen, ni agitó deseo impuro
Las aguas cristalinas de su alma
Que reposaban en tranquila calma.

Delante de su tienda
So la enramada umbría,
Cuando del mediodía
Mas vivo es el calor,
Está Abraham sentado
En plácido sosiego;
Mas súbito un gran fuego
Ante sus ojos vió.

Alza la vista al punto
Por ver de donde vino,
Y un rojo torbellino
Miró cerca de sí;
De cuyo oscuro centro
Salieron tres varones,
Que ven sus emociones
Con blando sonreír.

Entonce el buen anciano
Con susto se levanta;
Y la insegura planta
irige hácia el Señor;
Diciendo: « Si tu esclavo
Halló en tus ojos gracia,
Debajo de esta acacia
Descansa por favor.

Para tus piés divinos
Traeré el agua mas pura,
Y aquesa tierra impura
Yo mismo lavaré;
Y de mi tienda humilde
Bajo el amigo toldo
Cocido en el rescoldo
Mi pan os partiré. »

Entónces los tres varones:
« Haz como has dicho, » dijeron;
Y entró Abraham, presuroso,
So el hospitalario techo.

Y dijo á su esposa Sara:
« Tres sats amasa presto
De flor de harina, y haz panes,
Y cuécelos bajo el fuego. »

Y corriendo á la vacada,
Cogió un hermoso becerro,
Diólo á un mozo, el cual al punto
Lo mató y cociólo luego.

Y manteca y leche pura
Tomó tambien, y dispuesto
Ya el festin, sirviólo él mismo
A los fúlgidos viajeros.

Luego que hubieron comido,
Dijo así el mayor de entre ellos:
« Descubrirte quiero ahora
Mis designios sempiternos.

Pentápolis torpe se lanza
En manos del crudo Abdalon;
La puse en mi eterna balanza,
Su crimen el peso inclinó.

Sodoma su grito ha aumentado;
Adama se goza en su error;
Dobló Seboin su pecado,
Y Gomorra pecó sin temor.

Desciendo á la fértil llanura,
Y allí por mis ojos veré
Si la obra satánica impura
Del crimen colmó su altivez. »

Y saliendo el camino tomaron
De Sodoma hácia el fértil confin;
Mas no mucho de allí se apartaron
Que Abraham resolviéndose al fin:

« ¿ Destruiré, gran Señor, tu justicia,
En injusta sacrilega union,
Del impío la torpe malicia,
Y del justo el leal corazón? »

Léjos, léjos, Señor, de tu mente,
Una acción tan indigna de tí;
¿ Verteráse la sangre inocente
Porque viva entre el vicio infeliz? »

Si justos en Sodoma hallas cincuenta,
¿ Tendrán igual fortuna
Que la impía muchedumbre turbulenta
Que en el pecar se auna? »

— Si halló cincuenta justos en la impía
Ciudad, ten por seguro,
Que no enviaré la muerte y la agonía
Sobre el malvado muro.

— ¿ Y si hallas cinco ménos? — Su recinto
Perdonaré clemente.

— Y si faltaren diez, ¿ será distinto
El fin de tanta gente? »

— Perdonaré tambien. — ¿ Si quince hallares
De ménos en la cuenta? »

— ¿ Perdonaré por ellos mil millares!
— ¿ Y si hallas solo treinta? »

— ¿ Tambien! » Mas Abraham con rudo
[ahinco,
Siguió de aquesta suerte:
« ¿ Y si solo se encuentran veinte y cinco
Les enviarás la muerte? »

— Por veinte, ó quince, ó diez, si los
[reunes,
Tú mi palabra toma;
Por amor de los diez serán impunes
Los vicios de Sodoma. »

Mas cuando el claro sol anuncie al
[mundo
Que nace un nuevo día,
Caerá entera en el bátrato profundo
Pentápolis impía.

CANTO III.

Faltó la luz de los divinos ojos
En la comarca de la tierra impura
Y el sol la iluminó con rayos rojos
De sangriento color: por su llanura
Barrió sus mieses, árboles y abrojos
Ráfaga ardiente. Por do quier augura
La lobreguez en que la tarde cierra
La enemistad del cielo con la tierra.

Pronto los gigantes nubarrones,
Que aglomeró tempestuoso el viento,
Robaron á los ojos las regiones
De la estension azul del firmamento.
Pronto impotente el sol sus pabellones
No pudo atravesar, y en tal momento
A mitad de la tarde espiró el día
Por el recinto de la tierra impía.

Sobre ella solo el colosal nublado
Se cernia en los aires suspendido,
El cerco de su suelo condenado
Dejando con su sombra oscurecido.
Mas dejando á la par iluminado
El terreno en redor no maldecido,
Reinaba solo en la comarca impía
Noche temprana, pero en torno el día.

Tal fué la marca y funerario velo
Que le puso el Señor, la gran sentencia
Al fulminar sobre el infame suelo
Que despreció su paternal clemencia.
Y separada así de tierra y cielo
Y decretado el fin de su existencia,
Al santo ejecutor de su destino
Llamó á sus piés el Hacedor divino.

Al eco de su acento poderoso
Vaciló el universo estremecido,
Y al eco de su acento, presuroso
Voló á sus piés el sér desconocido
Que evocaba su voz: sér pavoroso
A cuyo brazo el orbe sometido
Una señal del Criador espera
Para incendiar la creacion entera.

¡ Oh, tú, cuyo fanal mis pasos guía,
De cuya luz inestinguible mana
El raudal de la sacra poesía,
Genio radiante de la fé cristiana!
Tú inspira aliento á la garganta mia,
Dá tu vigor á mi palabra humana
Para hacerme escuchar de los mortales
Al cantar los misterios celestiales.

En un confin recóndito del cielo,
De una selva viviente circundado,
Denso y confuso y misterioso velo
Que le tiene del orbe separado,
Hay un alcázar de azabache, oscuro,
Que en un hondo torrente ensangrentado
La sombra pinta de su inmenso muro
En contornos de sangre reflejado.

Jamás el aura de perfume henchida,
Que en los jardines del Eden murmura,
En tal lugar estremeció perdida
Del rudo bosque la hojarasca dura;
Ni el sol radió con fugitiva lumbre,
Ni sonó por la lóbrega espesura,
Ni retumbó en la cóncava techumbre
Mas que el rugir de la corriente impura.

El aire denso, sin color é inmóvil
Que aquel recinto por do quier rodea
Hace el pavor de quien se acerca doble
Y doble el caos á quien ver desea:
Solo se alcanza entre las altas puntas,
Que el recio vendaval nunca cimbrera,
Entre dos torres del alcázar juntas
Un faro que en la sombra centellea.

Ni sér alguno penetró el misterio
Que guarda allí la ciencia omnipotente,
Ni se sabe cuyo es aquel imperio
Donde nunca se oyó rumor de gente;
Ni arcángel sabio ni profeta diestro
De este sitio alcanzó confusamente
Mas que la lumbre del fanal siniestro
Y el estruendo medroso del torrente.

En este bosque oculto y solitario,
En este alcázar negro y escondido,
Donde nunca llegó pié temerario,
Ni descansó jamás ojo atrevido,

Ni mas sol alumbró que el rayo rojo
Del fanal en sus torres suspendido,
Tiene el Señor las arcas de su enojo
Y el horno de sus rayos encendido.

Y allí vive un espíritu terrible
Que al son de aquellas aguas se adormece,
Y á los ojos de Dios solo visible
Al acento de Dios solo obedece.
Arcángel vengador, del cielo asombro,
Cuando deja el lugar do se guarece,
El rayo ardiendo y el carcaj al hombro
Pronto á la lid ante su Dios parece.

Espíritu sin fin ni nacimiento
La eternidad existe en su memoria :
Él solo del sagrado firmamento
Entera sabe la infinita historia :
Y al solo ruido de sus negras alas,
A su sola presencia transitoria
Del firmamento en las eternas salas
Se suspenden los cánticos de gloria.

Aborto del furor omnipotente,
Arcángel torbo que las vidas cuehta,
Vela de Dios el arsenal ardiente
Y los ultrajes del Señor asienta.
El carro guarda allí cuya cuadriga
Relincha con la voz de la tormenta,
Y allí está con su lanza y su loriga
La copa en que su cólera fermenta.

En ella hierve con fragor horrible
El ancho vaso hasta los bordes lleno,
El tremendo licor incorruptible
De las iras de Dios ; y en su hondo seno
Se fermenta la esencia del granizo,
Y de la peste el infernal veneno,
Y el germen del relámpago pajizo,
Y el espíritu cóncavo del trueno.

Allí está el aire que el contagio impele,
El zumo allí de la cicuta hendida,
La sed del tigre que la sangre huele,
Y de la hiena la intencion torcida.
Y allí bulle en el fondo envenenado
La única de furor lágrima hervida
Con que lloró Luzbel desesperado
Su venturosa eternidad perdida.

En aquel arsenal inespugnable,
Instrumentos de la ira omnipotente
Germinan en rebaño formidable
Las mil desdichas de la humana gente.
Y los vicios en torpe muchedumbre
Se apiñan á beber la luz caliente
De aquel fanal de cuya viva lumbre
Es el sol una chispa solamente.

De allí se lanza con horrible estruendo
A ejecutar la voluntad divina
El misterioso espíritu tremendo
Que en este alcázar funeral domina
Arcángel fiero, portador de enojos,
Ase la copa, y por do quier camina.
El aire inflaman sus airados ojos
Y las estrellas con los piés calcina.

Con él vá la tormenta ; el trueno ronco
Bajo sus alas cruje ; desgredada
De armas y quejas con estruendo bronco
La guerra detrás de él vá despeñada :
Y asidas á las orlas de su manto
Van tras él con la muerte descarnada
La peste, el hambre, y el amor, y el llanto,
Y la ambicion de crímenes preñada.

El espacio á su vista palidece
Y entolda su magnífica apariencia :
El disco de la luna se enrojece,
Y mancha el sol su fulgurante esencia.
Do quier las nubes que su sombra evitan
Se chocan y se rompen con violencia,
Y cometas do quier se precipitan,
Présagos ¡ ay ! de la fatal sentencia.

A su soplo la mar se encoloriza,
Y con gigante voz muge y atruena,
La planta de sus piés torna en ceniza
La limpia concha y la esponjosa arena.
El monte huella y la cerviz le inclina ;
Pisa en el valle y de fetor le llena ;
Y en la ciudad que á perecer destina
Vierte el licor fatal y la envenena.

Y ese el arcángel fué que inexorable
Lanzó al desnudo Adán del paraíso,
Y de su raza en él junta y culpable
Fijó á la vida término preciso.
Él arrancó en el Gólgota empinado
El ¡ ay ! postrero que exhaló sumiso
El Dios que de la mancha del pecado
Borrar la sombra con su sangre quiso.

Él turbó la insensata ceremonia
Del pueblo santo ante el becerro impuro :
Sentenció á Baltasar y á Babilonia
Con tres palabras que pintó en el muro :
Inspiró al receloso Ascalonita
El degüello fatal, y abrió seguro
Nicho á Faraon, que con su gente habita
Del indignado mar el fondo oscuro.

Él llevó el fuego de Alarico á Roma,
Llevó á Jerusalem á Vespasiano,
En una noche convirtió á Sodoma
En lago impuro y en vapor insano ;

Rompió las cataratas del diluvio
Cegadas al impulso soberano,
Y encendió las entrañas del Vesuvio,
Que busca sin cesar otro Herculano.

Y ese será el espíritu tremendo
Cuya gigante voz sonará un día,
Y á su voz de la tierra irá saliendo
La triste raza que en su faz vivía.
La creacion se romperá en sus brazos ;
Y cuando toque el orbe en su agonía,
Cuando á su soplo el sol caiga en pedazos
¿ Qué habrá ante Dios ? La eternidad vacía.

Tal fué el arcángel que la voz oyendo
Del sumo Dios, su habitacion dejando
Y á la voz del Señor obedeciendo
A los piés del Señor partió volando :
Y el espacio un instante oscureciendo
Y los mundos un punto dislocando
En la mitad de las celestes salas
Al gritar « Heme aquí » plegó las alas.

De la Salen divina á su prescencia
Suspendióse la gloria de improviso.
Reverberó en su faz la omnipotencia,
Y el justo la cerviz dobló sumiso.
Postrósele en redor con reverencia
Todo sér morador del Paraíso,
Y al misterio terrible quedó atento
En silencio y pavor el firmamento.

Rasgóse el pabellon de pedrería
Que de la Trinidad cerca el santuario,
Y el germen de la luz que se escondía
Bajo el tapiz viviente del Sagrario
Vertió la lumbre del eterno día
Desbordada á un impulso involuntario,
Y alumbró el firmamento de tal modo
Que su inmenso esplendor lo cegó todo.

Cual oscuro tizon espiró luego
Ahogado entre su luz el sol brillante :
Puntos de sombra, sin color su fuego
Fueron los astros de su luz delante :
Y todo ojo inmortal quedó al fin ciego
En tan supremo y temeroso instante :
Y todo en fin cuanto creado estaba
Con la luz del Señor reverberaba.

Un cuerpo solamente resistía
El resplandor de la infinita hoguera :
Una sombra no más manchar se vía
La luminosa creacion entera.
Una no más permanecer podía
Y á un espíritu solo dable fuera
Resistir á su fulgido dominio :
El ángel del dolor y el esterminio.

Él nada mas fatídico levanta
Su aterradora y colosal figura,
Entre tanto esplendor y gloria tanta
Triste, medrosa, funeral y oscura.
Solo él espera con inmóvil planta
Al Dios que llena el orbe de pavura :
Solo él no tiembla cuando Dios respira,
Solo él de frente su semblante mira.

Abriéronse las puertas eternas
Del sagrario de Dios, en cuyo interno
No entraron ni aún los ojos inmortales
De los electos de su amor paterno.
Abriéronse, y llegando á sus umbrales
Así hablaron el ángel y el Eterno :
« Señor, ¿ qué mandas ? — Mi balanza toma.
— ¿ Qué he de pesar ? — Los vicios de So-
[doma. »

Obedeció el arcángel y poniendo
La clemencia de Dios y la esperanza
En un plato y en otro el fardo horrendo
De Sodoma, alzó al aire la balanza.
Cedió el platillo de Sodoma y viendo
Que el otro el peso á equilibrar no alcanza
Dijo el ángel : « Pentápolis es mía, »
Dios : « Perezca la ciudad impía. »

Tornó á entrar el Señor en su sagrario,
Tornó á plegarse el misterioso velo
Que de la Trinidad cerca el santuario,
Y volviendo á elevar su torvo vuelo
El arcángel fatal, á su ordinario
Curso volvió naturaleza y cielo,
Y el sol que en occidente se sumía
A Sodoma marcó su último día.

CANTO IV.

I.

LOT.

Vivia en aquellos tiempos
En la opulenta Sodoma
Un varon prudente y justo
Con dos hijas y su esposa.

Lot le llamaban sus gentes
Y el extranjero las otras
De la ciudad ; que nacido
Era en comarcas remotas.

En Ur, tierra de caldeos,
Brilló su primera aurora,
Y cuando á fijarse vino
En la ciudad populosa,

Era ya de edad provecta
Y trajo hacienda no poca ;
Y en toda aquella comarca
Que las amarillas olas

Del Jordan, plácidas riegan
Y fertilizan y abonan,
Jamás se vieron manadas
Tan bellas y numerosas

Cual las de aquel extranjero
Que de regiones ignotas
Llegó á avecindarse un día
En las tierras de Sodoma.

Las lanas de sus ovejas
Que por llanuras y lomas
Triscaban, eran mas puras
Que la cándida corona

De nieves, que el sol de mayo
Con mil cambiantes colora,
Del Líbano en la alta frente
Que con las nubes se toca.

Las mieles de sus colmenas
Mas que la hiblea sabrosas,
Escedian en fragancia
A los mas ricos aromas.

Y en fin de sus heredades
Los zagales y pastoras
Y damas, unos esclavos
Y egipcias siervas, remonta

A número tal, que cuando
Caminaba hácia Sodoma,
Y al caer la tibia tarde
Plantaba sus tiendas todas,

En las riberas que bañan
Del Jordan las mansas olas,
A esperar de un nuevo día
La resplandeciente aurora,

Mas que simple caravana
De estirpe ó familia sola
Plantado aduar parecia
De una tribú numerosa.

Por eso los habitantes
De las ciudades famosas
Que por ser cinco llamáronse
En la lengua mas sonora

Pentópolis; con respeto
Si bien con no candorosa
Intencion al buen anciano
Cercaban á todas horas.

Él, su amistad recibia
De los bosques á la sombra,
O bien en calles ó plazas;
Pues mirando por su honra,

Jamás permitió á ninguno
De los hombres de Sodoma,
Penetrar en el secreto
Dó vivian sus matronas.

Empero, estaban sus hijas
En edad de ser esposas;
Y Lot, entre los mancebos
De la ciudad, eligiólas

Los dos que entre ellos hallara
De mas apuestas personas,
De fortunas mas crecidas
Y costumbres mas virtuosas.

II.

LOS DOS ÁNGELES.

Mas sucedió que una tarde
De calor, salióse fuera
Lot de su casa, y sentóse
De Sodoma ante las puertas.

Era una tarde de estío
Cuando la hora postrimera
Del sol lucia, y lanzando
De sus entrañas la tierra

El fuego que todo el día
La abrasara y consumiera,
Subia de sus vapores
Una sofocante niebla.

Ya el rubio sol del ocaso
Tocaba á las anchas puertas,
Y apenas se descubria
Su fúlgida cabellera;

Quando Lot vió aproximarse
Por una vecina senda,
Dos mancebos peregrinos
De altiva y noble presencia.

Nada ostentan sus personas
Que á vista vulgar parezca
Esceder de los humanos
La comun naturaleza;

Pero Lot, que ante el temido
Rey de la creacion entera,
Por su prudencia y virtudes
Favor no pequeño encuentra:

Están los dos peregrinos
Que con Lot ántes entraran.

Dos siervos adolescentes,
En cuyas morenas caras,
Del ígneo sol de la Nubia
Se ve la candente marca;

Se ocupan, con el auxilio
De yerbas y puras aguas,
En lavar el rubio polvo
Que mancha de ámbos las plantas.

No hay en el vasto triclinio
Lámparas de oro colgadas
Ni orientales pebeteros
Ricos aromas exhalan;

Ni alfombras cubren el suelo,
Ni candelabros de plata
Lo iluminan; ni en gran pompa,
Cual la soberbia romana

Un día inventó, se miran
Anforas de oro talladas
Llenas del hirviente zumo
De la engañadora parra;

Los vasos de roja arcilla
Zumos traidores no guardan.
Henchidos se ven los unos
De las cristalinas aguas

Que de los montes vecinos
En raudos torrentes bajan
Y en rojos búcaros cogen
De Lot las negras esclavas.

Otros, purísima leche
Encierran en sus entrañas;
Y en otros en fin, fermenta
Dulce el licor de las palmas,

Aquel licor que algun día
Del mismo Dios en compañía,
Allá en el Eden florido
Bebiera el primer patriarca.

Teas de pino y de enebro
Alumbran la hospitalaria
Mansion, y adobadas pieles
Cuya blanquísima lana

En suavidad y finura
A la matutina escarcha
Escude, cubren el piso
De aquella modesta estancia.

Vislumbra en los caminantes
Al través de su modesta
Actitud, claros indicios
De una raza mas perfecta.

Dos ángeles son, que envia
De Dios la mano severa
De los vicios de Sodoma
A tentar la última prueba;

Los custodios son que un día
A aquellas comarcas diera,
Dos purísimas sustancias
Que viendo la ruina cierta

De aquellas cinco ciudades
Que á entrambos tan caras fueran,
Tristes y lentos caminan
Por la tortuosa senda.

Púsose en pié presuroso
Lot, y tomando carrera
Llegó de los paraninfos
A la divina presencia:

Y en reverente postura,
El rostro contra la tierra:
« Ruégoos, divinos señores,
Les dijo, que á la derecha

Torzais, y de vuestro esclavo
En la mísera vivienda,
Laveis el polvo que cubre
Vuestras plantas sempiternas;

Que apenas la madrugada
Raye en el cielo, serena,
Seguireis con mas descanso
La empezada marcha vuestra.

— No podemos el convite
Aceptar de tu largueza:
Pasar debemos la noche
Sin salvar de humanas puertas

El umbral. » Lot no desmaya
Y con humildad estrema
A que acepten su agasajo
Los estrecha en gran manera.

Ceden al fin los custodios,
Y torciendo á la derecha,
Lot delante al fin entraron
De Sodoma por las puertas.

III.

LA CASA DE LOT.

En una sala espaciosa
De la patriarcal morada,